

SIN CUENTA

POR RAÚL CASAMADRID

¡ATIZA!

Ayer cambié treinta corcholatas y hoy no tengo ni para echarme un chesco, porque junto con las corcholatas le di ochenta pesos a mi agüelita para que se comprara el arete que se le había caído al escusado. Nunca nos había pasado nada por el estilo en todo el tiempo que llevamos viviendo juntos. Así que bien tempranito, casi al alba, nos fuimos corriendo a visitar todas las misceláneas de por el rumbo. En la esquina nos separamos para que cada quién fuera a buscar corcholatas por su lado. Quedamos de vernos en la churrería que esta enfrente de la iglesia a las ocho y media. Yo estuve primero y antes de tiempo, así que le llegué a la capilla para darme un toque. Salí cuando calculé que ya sería hora y la encontré metida en el local de las restauraciones, que está junto al de los churros. Corrí ligero hasta el teléfono de la esquina. Contestó el restaurador. Oiga, le dije, ¿me puede arreglar un cuadro que tiene todo el marco apolillado? Sí, me dijo, ai voy. Pero cuando iba saliendo mi agüelita lo atarantó con un costalazo de lata y corcho

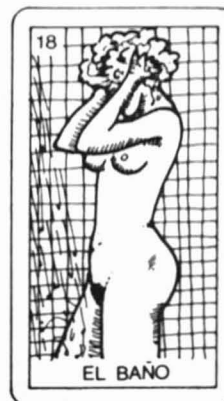
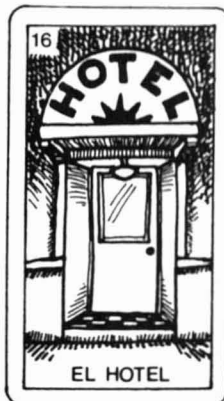
que le asestó en plena nuca. Para ese entonces yo ya estaba de regreso. Ah chingaos, dijo el restaurador y se pandeó todito hasta caer sobre un masacote de plastilina morada. Tomados de la mano lo levantamos hasta ponerlo en pie. La cabeza se le iba de un lado para el otro como pellejo de guajolote, sin embargo pudimos bailar muy suave. Así estuvimos hasta las nueve, que fue cuando empezaron a sonar las campanas. Salimos para el banco con el ánimo de no hacer cola en la caja, pero como nos fuimos por un atajo llegamos cuando ya estaba lleno. Tú quédate aquí, dijo mi agüelita, yo nomás voy a la Procu y regreso. Sólo que me empezó a entrar mucho miedo porque la procuraduría queda retelejos y no le fuera a pasar algo en el camino. Además las señoritas cajeras son bien canijas y nunca quieren ponerse a mano con lo de la denominación ¿en cambio? ¿suelto? ¿en feria? Hay una güerita bien tetona y vivaracha con ojos como de canica saltarina; pero está bien muerta la hija de la chingada. Se le nota en las uñas, que se le endurecen de por dentro y se le descascaran de por fuera. Y hay un chorro de chavas que tuve chance de ver en lo que llegó mi agüe, por cierto, acompañada de dos agentes. Miren, les dijo, es ése, y me señaló con su dedo. Aquellos se acercaron dando tumbos y me agarraron de los sobacos. ¡Soy jarocho!, les dije, ¡soy jarocho!, pero eso les valió madre y luego luego me descamisaron; después me cargaron y sobre sus hombros entramos a suburbia. Para esto ya llevábamos un pitazo adentro y risa y risa recorrimos bien prendidos con la colombiana el almacén. Hicimos gran alharaca y echamos hartas trompetillas. ¡Qué pedo!, le decíamos a la gente, ¡qué pedo! De pronto, aquellos me dejaron caer sobre el mostrador de corsetería. Estás arrestado, me gritaron cuando apenas me reponía del madrazo. Esposado con ligas llegué hasta el estacionamiento, donde a base de patadas fui arrastrado hasta la calle. Mi agüela consiguió varias pancartas y armó mucho alboroto con la gente. No se me despegó hasta que llegamos a los separos. Entonces fue atajada por dos celadores que la hurgaron incansablemente para ver si no andaba metiendo una navaja o dos tres polvos. Adentro fui torturado electrónicamente hasta que lo confesé todo. Los federales me llevaron al pocito para que pidiera un deseo. Después de almorzar jugamos un rato dominó, y a eso de las tres de la tarde ya estaba yo afuera con mi agüe. Apenas nos alcanzó el tiempo para llegarle a las tienditas. Y es que cuando arriban los camiones repartidores todo mundo aprovecha para vaciar los depósitos de corcholatas y si uno no se pone águila se las llevan con todo y cascos, o si no las tiran desperdigándolas por toda la calle y luego es un güeva andarlas levantando. Todo esto se lo explicamos al ministerio público que se portó bien cuatito. Agarró y le dijo a su chofer que nos llevara de volón. Nos fuimos por Insurgentes, y a la altura del Kuautémok el chofer que



baja el vidrio que separa el asiento delantero del trasero y que saca un puro choncho. Mi abuela se atascó hasta la madre, y yo, pues detrás de ella. Llenamos casi tres bolsas y nos fuimos corriendo con el cura. Tres, y dos de la mañana, son cinco. El cura se puso muy contento y nos invitó a comer mierda. Estaba de rechupete, era caca fresca de monja poblana. Luego el sacristán se trajo una jarra de orines hervidos y nos pusimos un pedo que para qué les cuento. Esperamos otro rato, y cuando vimos que el cura ya estaba hasta atrás, agarramos y lo puteamos con los crucifijos. No lo matamos de puro milagro, pero le dimos duro en el coco. Luego le metimos un pinche crucifijo por donde les platiqué y ya para salir cargamos con las bolsitas de las indulgencias. A esa hora habían abierto de nuevo los churros y el olor del chocolate se colaba por nuestras rendijas. Estuvimos haciéndolo no sé cuántas horas, y a los pocos meses me enteré de que ya iba a tener otro tío. ¡Ojalá y sea varoncito!, decía la abuela. ¡Ojalá y no!, decía yo, mejor sería que fuera hembrita, añadí, ya ves cómo me gustan las nalgonas. Mi agüelita se ruborizó notoriamente, y haciéndose la desentendida se puso a acomodar las corcholatas en el balcón.

¡CÁSPITA!

Ella, por qué no decirlo, había encontrado la manera de mantener los ojos cerrados. En su rostro, claro. Caminaba por ahí por la facultad como por la calle: deslizándose sus muslos y nalgas o pies sobre el flujo de la pura inercia. La veíamos casi a diario. Es que, lo que sea de cada quién, ella tenía lo suyo: desafortunadamente nosotros no contábamos ni con un cacho de su humana humanidad: vivíamos en el queje cotidiano: "Qué se me hace que esta nena bate un rico chocolate abuelita" "Oh no, a mí no se me hace que más quisiera" y por las tardes, sentados en la escala de la entrada del umbral de la biblioteca, la mirábamos pasar. Un buen día, cuando pululábamos sobre el gelatinoso hedor de la escasez, decidimos pasar a zarandearla. Antes de las 19:00 horas habíamos concluido el plan. Ella salió puntual de su aula, cruzó el estacionamiento y se encontró con el cuarteto enmascarado: la tomamos, la halamos, la metimos en el auto y nos dimos a la Bach. Las calles estaban frías y sucias como el calzón de un muerto de miedo. Descendimos del auto con gran sigilo. A mí me tocó meterla al cuarto para las ocho y cerrar la puerta. Oye, le gritamos desde fuera, no tengas pendiente. Al sobre la mesita está tu cena. Come, ojalá te guste. Encima del tocador pusimos unas cremas y lociones. Te dejamos un ratón. Ponte cómoda, descansa, relájate; nomás queremos desquintarte. No se vayan a ir, dijo ella. No, le informé, si más tardamos en decirte esto que en estar de regreso. Ella sollozó: pero es que no sé qué va a ser de mí. No tengas pena por eso, le dijimos, seremos meticulosos. En fin, para no hacerles el cuento largo les diré que me tocó la mano. O sea que fui el primero ¿no? Entré al cuarto, pues ya había pasado una hora. Le dije: fíjate que estoy sentido contigo. Ella dijo: pues allá te lo haya, bien sabes que no siento nada por tí. Entonces nos pusimos a coger. Yo salí como entré y volví a salir como había entrado y el asunto se deslizó con demasiada facilidad y así estuvimos más de media hora. Luego después le dije que no me lo fuera a tomar a mal, pero que a mí parecer ella no era virginia como se supone sino una buena cuatita mía. Ella me dijo que sí, y que estaba contenta de haberme dado las nalgas en aquel colchón. Después salí y volví a entrar, ya saben cómo son estas cosas. Cuando al fin deje el cuarto, a la media, me hallé a los cuates preocupados. ¡Jole, me dijeron, hasta pensamos que era una de esas monjas que tienen una yilet en el coño para rebanar la mantequilla. Simón, hasta se nos hizo que te estabas desangrando por ahí; ya estábamos medio asustados. Igual yo, confesé, vieran que no se dejaba. También les dije que nos habíamos tardado porque limpiamos la sangre, para que luego no se fueran a sacar de onda. El caso es que todo mundo se animó. Uno por uno fueron pasando al cuarto, pues duraban una hora. Muy contentos la llevamos entre to-





dos a su hogar. Después pasaron un montón de cosas, pero como esa onda ya me había cagado mejor me corté. Agarré por un pinche eje vial y me fui mucho a la chingada.

TERCERA PARTE: AQUELLA NOCHE NO PUDE DORMIR

Había sido un día muy difícil para todos. Muy tempranito, casi de madrugada, recibimos el encargo de organizar el asunto. Por lo que a mí toca diré que quise ser breve: las circunstancias no permitían otro retraso. Había que poner en una balanza cada tercera parte; había que lograr en resúmenes cuentas que la primera tercera parte, la segunda tercera parte, y la tercera tercera parte pesaran igual. Había que medirlas, había que hacerles justicia. Si la primera, pongámosla por ejemplo, pesaba más que la segunda, entonces teníamos que ir a la tercera y comparar cuál de las dos primeras (la primera o la segunda) se acercaban mayormente al peso de la última. Supongamos que la primera (la que pesaba más que la segunda) pesaba casi lo mismo que

la tercera. En ese caso había que quitarle un cachito a la que pesara más de estas dos últimas (me refiero a la primera y a la tercera) y echárselo a la otra (a la que pesara menos de las dos) hasta equilibrarlas. Ya que ambas pesaran o pesasen exactamente igual se tomaba a la última (a la segunda) y se le echaba lo suficiente como para que igualara su peso con la primera (en este caso la primera), de modo que a la vez su peso en comparación con la tercera fuera (o fuese) si no muy similar sí semejante. En el supuesto de que no fuera la primera la que pesara más que la segunda sino al revés, lo que habría que hacer sería repetir cada paso pero con signo negativo. Así, donde en el primer ejemplo se pone de más, en el segundo ejemplo se quita de menos y de esta suerte sucesivamente. Ahora, si fuera o fuese el tercero el que pesara o pesase más o menos que el primero o el segundo, lo que habría que hacer o intentar es o sería cambiar o poner en lugar del primero o del segundo al tercero o al último, dependiendo esto de cómo quisiéramos o quisiésemos nombrar o llamar al que viniera o viniese en seguida o inmediatamente del segundo o sucesor del primero o inicial, de manera que lo que al principio llamamos tercero ahora fuese primero y viceversa, o también que lo que en primera instancia llamáramos segundo ahora quedase en lugar del tercero y al revés. Creo que sería la única manera de evitar repeticiones a lo tarugo, porque si en lugar de ponerle al tercero segundo o primero lo dejáramos como último tendríamos que, sin desechar el primer camino, idear otro, el cual por supuesto tendría que comenzar en un principio con los primeros pasos del anterior; además de que aunque después cambiase, al final tendría que regresar a lo mismo, porque si no sería imposible comprobar si el segundo pesaba en realidad lo mismo que el tercero o más o menos que el primero.

CINCO GATO (BRINCA ESE CUATRO)

La desaparición de los poderes en el estado más representativo de la península obedece al reestablecimiento de relaciones. Hoy por hoy, la negligencia administrativa nos ha dejado, si no encuerados, sí en un plano exhibicionista que ni viene al caso comentar. Tu culo, desde donde lo puedo mirar, aparece hediondo y marchito. Las flores que juntos regamos ¿qué ha sido de ellas? ¿en qué jardín, pues, fulguran? No se puede salir a altas horas de la noche sin llevar en el pecho la penitencia. Porque ahora que estás a mis pies atizando la yerba que habrá de hacerme muégano la piel lo sabes reconocer: ¡Suave! piensas en lo más profundo, te voy a quemar, ya verás que te voy a prender. Así vas encendiendo esa hoguera en tu pecho podrido. Dejándome atrás.

V. NO HAY QUINTO MALO.

